Fuego y esmalte de José Antonio Ramos Sucre

Refinada, fantasmagórica e intemporal es la literatura de José Antonio Ramos Sucre. Su breve obra se fue destilando lentamente en cinceladas prosas poéticas, en busca de una perfección que reuniera el rigor con la expresiva exactitud de la palabra y el don de la imagen creadora. Era el fruto de una lenta y difícil destilación de muchos saberes, muchas lecturas y hondas evocaciones de un pasado impreciso.

Lo más significativo y ejemplar de su obra está recogido en dos magros volúmenes, publicados en Caracas en 1929: *El cielo de esmalte* y *Las formas de fuego,* en una suerte de contrastada dualidad entre la continua y ardiente metamorfosis de la llama y la fría e inalterable permanencia del esmalte, que podrían representar los dos polos de su vocación creadora.

Refinada es su expresión por la cuidadosa y exigente búsqueda de temas y voces. Nada de lo inmediato, de lo ordinario, parece llegar hasta su solitaria cámara fáustica, donde convoca los más prestigiosos fantasmas de la imaginación universal. Los adjetivos son perfectos y justos, la frase equilibrada y armoniosa, todos los nombres desencadenan un eco de ilimitada resonancia. Se refiere a lapidarios, alquimistas, nigromantes, penitentes y devotos de la belleza inmortal, que revelan su inclinación profunda y tenaz por lo raro, lo precioso, lo incomparable. Entra en su tema como en el sueño y lo labra delicadamente como una gema.

La fantasmagoría es su mundo, no un Walpurgis de sombras demoníacas y amenazantes, sino un conjuro de nobles ausentes, de figuras ejemplares del dolor, el heroísmo y el arte. Todo lo que pueda representar la realidad inmediata, el documento, la cotidianidad, queda excluido de su frase, que es una fuga y una búsqueda. Una fuga constante de lo vulgar y una ansiosa persecución de ausentes imágenes y bellos momentos de una elevada humanidad, que no excluye la tragedia, ni el pesimismo, ni la fría crueldad, pero que nunca se refiere a lo real sino a lo fantasmal.

Su literatura tampoco pertenece a un tiempo ni a un lugar determinado. Lo inmediato y lo actual quedan fuera, como si no pudiera reconciliarse con la vida ordinaria y se refugia desesperadamente en un mundo en que pocos penetran. Pasa, con insensible movimiento, de la Antigüedad a la Edad Media y al Renacimiento, sin franquear nunca la línea temible de lo actual. Invoca a los personajes de Homero y de Virgilio, se transpone gozosamente a la hora imaginaria de los monjes y los retóricos del Medioevo, a la Florencia del Dante, al mundo de Shakespeare y de Goethe, busca la compañía de Fausto y de Hamlet y pinta con deleitación un Oriente remoto de prodigios y crímenes.

Ha leído mucho, pero sólo le importa retener las leyendas, los mitos, las figuras más misteriosas de los tiempos vagos y los lugares imprecisos que la imaginación del hombre ha creado. Hay mucha erudición macerada detrás de esos cortos poemas, los venerables libros, las lenguas muertas y vivas, el eco fiel y la destilación de lo sabido sin aparato alguno de incómodo academismo. Él busca el difícil equilibrio entre lo muerto y lo viviente, lo fugaz y lo olvidado y lo desconocido, la gota de belleza y de emoción serena que está en el fondo inaccesible de los grandes libros y de las grandes horas.

La lectura de Ramos Sucre produce una inevitable impresión de extrañeza y hermetismo. Se adivina que hay mucho no dicho en aquellas cortas oraciones tan aparentemente precisas, que, acaso, hay un mensaje secreto o una esotérica comunicación para escasos iniciados, pero sería gratuito y riesgoso interpretarlo de esta manera. No parecía escribir tan intemporales obras para enviar ningún mensaje crítico sino para expresar, acaso para sí mismo, su condición de solitario perdido en los sueños.

José Antonio Ramos Sucre fue un hombre singular, mal comunicado con los demás, encerrado en sí mismo como en una prisión, entregado a una especie de tranquilo delirio creador. Sus amigos nunca pudieron pasar más allá de lo más externo de su carácter y su persona. Permanecía como desincorporado de todo lo que le rodeaba y nadie podía penetrar su celosa intimidad. Era poco amigo de tertulias y confidencias, lo más del tiempo estaba en su oficina de trabajo, haciendo traducciones o se paseaba solo, con las manos a la espalda, a menudos pasos como metido en un inacabable soliloquio. Era difícil anudar una conversación con él. No iba más allá de decir, en forma sentenciosa y tajante, algunas sentencias con apariencia de apotegmas. Era evidente que sentía poca simpatía por los demás y, particularmente, por los escritores de su tiempo.

Hoy diríamos que fue un neurótico y que vivió una corta vida, casi sin incidentes externos, toda vertida hacia su propia interioridad. Parecía no tener otro objeto que el de lograr, de tarde en tarde, una de aquellas raras síntesis esenciales.

El año de 1930, en su primera salida de la patria, se encontraba en Ginebra desempeñando el cargo de cónsul de Venezuela. Allí se acentuó más aún su condición de solitario, encerrado en la habitación del hotel pasaba las noches en torturante insomnio. Después de una primera tentativa frustrada se suicidó, con un dosis masiva de veronal, en aquel cuarto de ventanas y puertas perpetuamente cerradas, en el que permanecía noches y días enteros con sus fieles fantasmas.

En vida se le consideraba como un ser extraño y como un poeta anacrónico, fuera del tiempo. Después de su muerte se ha reconocido, con toda justicia, el gran valor literario de su obra y ha comenzado el inútil trabajo de los críticos para clasificarlo. Se ha dicho que era un post-modernista que recogía, a su manera, los últimos ecos de preciosismo y exquisitez cosmopolita de los seguidores de Rubén Darío. Evidentemente no es eso.

Fueron los románticos los que crearon el poema en prosa. Era una forma de rebelión contra los preceptos neoclásicos, que codificaban que no podía haber poesía sino con metro, ritmo y rima, es decir con verso. Poema en prosa era una contradicción de términos y una mera protesta contra la académica identificación entre substancia y forma.

Ramos Sucre debió leer con admiración aquellos admirables poemas en prosa que, en la primera mitad del siglo XIX escribió el francés Aloysius Bertrand. Aquel menudo libro de imágenes, inspirado en el arte de Rembrandt y del pintor y grabador Jacques Callot, mezcla el sentido plástico del claroscuro a la evocación poética. Bertrand era hijo de la Borgoña histórica y evocaba los personajes y las escenas que ocurrieron en la trágica historia del viejo ducado. Cuando mucho más tarde Baudelaire escribe, a su turno, poemas en prosa *(Le Spleen de Paris)* confiesa su admiración y su deuda por el autor de *Gaspard de la Nuit,* pero con la diferencia de que el gran poeta de *Las Flores del Mal* no evoca el pintoresco pasado sino que se propone reflejar la escena viviente de la gran ciudad de su tiempo, a la manera del pintor Constantin Guys. Fuera de lo meramente formal del poema en prosa, no puede decirse que Ramos Sucre siga a Bertrand ni a Baudelaire, carece del sentido pictórico del primero y del ojo descarnado y cruel para la actualidad del segundo. Su obra está, evidentemente, fuera de la rebelión romántica y toda pretensión de actualidad. La suya sería, más bien, la poesía del lector apasionado y soñador.

Lo que habría que decir, finalmente, y es lo más obvio de reconocer, es que fue un verdadero poeta, original como todo poeta verdadero. Su obra le pertenece por entero y es el reflejo directo de su personalidad y de su circunstancia.

Hay que leerlo por sí mismo, por lo que vale y expresa. Penetrar en el mundo que tan esforzadamente creó para sentir el don de belleza que justificó su vida.

Arturo Uslar Pietri